

HECHO A SU IMAGEN

Muchos creen en un Dios único y sin embargo, les parece imposible imaginar que Dios se convirtió en un hombre, en Jesucristo. Les resulta incomprendible pensar que Dios hubiese venido al mundo a sufrir de la misma manera en que lo hacemos

La gente que se resiste a la idea de la encarnación a menudo cree en algo que puede parecer todavía más difícil de creer, que «*Dios creó al hombre a su imagen; a imagen divina lo creó; varón y hembra los creó*» (Génesis 1:27).

¿Cómo puede ser que nosotros seamos seres creados a imagen de Dios? Nos conocemos y conocemos nuestras debilidades. Seguramente el autor del Génesis conocía también la naturaleza humana. ¿Cómo podría este autor hacer tal afirmación? ¿Y cómo podría el Espíritu de Dios, que inspira las Escrituras, hablarnos a través de estas palabras?

Sin embargo, sabemos que toda la creación es de algún modo reflejo de de Dios y que Él es su fuente. Porque es la presencia de Dios la que preserva todo lo que existe y la que de algún modo refleja a su Creador. Las grandes fuerzas de la naturaleza — las galaxias y los planetas, las montañas y los océanos — sugieren a muchos el poder y la majestuosidad de Dios, «llenándolos de la grandiosidad de Dios», según las palabras del poeta Gerard Manley Hopkins. Para otros, la sabiduría de Dios se hace evidente en la formación precisa de los organismos, incluso del más pequeño, o del ecosistema. Desde los griegos antiguos hasta los científicos del siglo XXI, la gente ha quedado maravillada con la «proporción áurea» (1.618 o ϕ), que refleja el orden subyacente de cosas tan diversas como los átomos,

las ondas cerebrales, las artes gráficas y la música. Todos, sin importar la edad, han visto que este orden apunta a Dios y, que es Él quien ha conjugado todo con una precisión sin igual. Sin embargo, la humanidad es reflejo de Dios de una manera especial y que nos distingue del resto de la creación.

Mientras el resto de la creación refleja la sabiduría y el poder de Dios, la humanidad refleja a Dios en el fondo de Su ser. Dios es amor, nos dice el Nuevo Testamento, y nosotros podemos amar y reflejar el amor de Dios. Ser humano significa entonces, amar a imagen de Quien es el amor mismo.

IMAGEN Y SEMEJANZA

Los cristianos vemos a Dios como la Santísima Trinidad. Creemos que la relación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es la esencia misma de Dios, y que Él es la comunión del amor. Un amor que no está confinado en Dios, sino que se propaga y abarca a toda la creación. De manera similar, la relación es parte de nuestra esencia. Estamos hechos para estar en comunión entre nosotros, pero principalmente con Dios, nuestro creador. Porque no sólo fuimos creados por Dios, sino con Él y para Él. En un sentido más amplio, estamos hechos para adorar.

«*Hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza.*» (Génesis 1:26)

Con estas palabras se introduce la historia de nuestra creación en el libro del Génesis. Ahí muchos de los Padres de la Iglesia, como san Ireneo, diferenciaron entre lo que somos y la oportunidad que tenemos de llegar a ser. Desde que fuimos creados a imagen de Dios tenemos la habilidad innata de amar. Podemos saber lo que es bueno y lo podemos elegir. Así

cómo el amor de Dios se propaga libremente en Su creación, la humanidad, que ha sido hecha a su imagen, tiene la libertad de extender este amor o de retenerlo.

Además, el haber sido creados a semejanza de Dios significa que fuimos creados con plena capacidad para relacionarnos con Dios, así como entre nosotros mismos. En este sentido, el ser humano que está más plenamente desarrollado es aquel que se asemeja más al Creador.

Cuando se creó la humanidad, nos dice san Ireneo, el hombre estaba en su infancia y, así como los bebés nacen con el potencial de convertirse en adultos, la humanidad en un principio era espiritualmente pequeña, por lo que era indudablemente tendría que desarrollarse. No obstante, nada nos asegura que madurará plenamente.

LASTIMAR LA SEMEJANZA

El libro del Génesis nos enseña que la relación de los hombres y las mujeres con su Creador, llegó rápidamente a la ruptura. Adán y Eva fueron tentados para que se convirtieran «semejantes a Dios» por su propia cuenta, a pesar de la advertencia de que «con seguridad morirían» al no seguir las indicaciones de su Creador. Al estar por su cuenta, mostraron desconfianza hacia Dios y esto alteró su relación para siempre. No obstante, aunque la imagen de Dios permaneció en la humanidad, su semejanza se vio tan afectada que se hizo imposible que los hombres y las mujeres cumplieran su potencial de la manera en la que Dios lo deseaba. La naturaleza humana únicamente pudo ser comprendida en su totalidad por la imagen eterna del Padre, es decir, por Su Hijo unigénito: «*Él es la imagen del Dios invisible, el*

primogénito sobre toda la creación, ya que, por Él fueron creadas todas las cosas que están en el cielo y que están en la tierra, visibles e invisibles... Todas las cosas fueron creadas por Él y para Él... Porque agradó al Padre que en Él habitara toda la plenitud» (Colosenses 1:15-19).

Y así la Palabra de Dios, el ícono del Padre, se volvería humano para asumir plenamente la naturaleza humana en Sí mismo. Como dijo alguna vez un poeta sufi: «Cuando Dios quiso ver su rostro, envió a Jesús al mundo». Y debido a que Él se había convertido en uno con nosotros, el Hijo de Dios también podía restaurar la semejanza de Dios en nosotros. Creados a imagen de Dios, podríamos volver a embarcarnos en el camino de la comunión con Dios en Cristo, nuestra «*esperanza de gloria*» (Colosenses 1:27).

Sólo el Señor Jesús refleja verdaderamente el amor de Dios en nosotros. Pero aquellos que se han revestido de Cristo en el bautismo y que mantienen su unión con Él serán transformados en «*participantes de la naturaleza divina*» (2 Pedro 1:4), participes en Su semejanza. Esta transformación que los Padres llamaron teosis (deificación), es el objetivo de nuestra vida como cristianos pero, también es la meta de dicho camino. Lo que comienza aquí está destinado a ser completado en la era venidera.

RESTAURAR LA SEMEJANZA

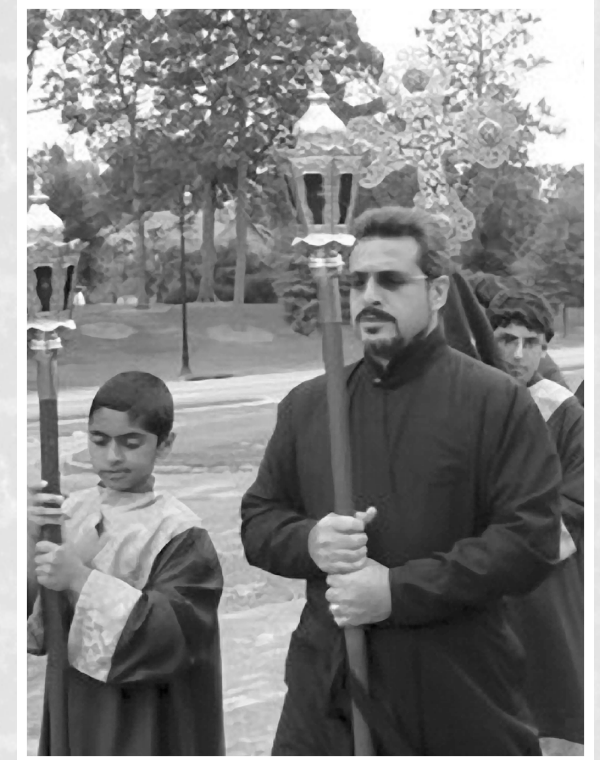
La teosis como proceso comienza con el bautismo. Comenzamos permitiendo que el don de nuestro bautismo impacte nuestra vida cuando hacemos de una vida piadosa el objetivo principal de nuestra existencia. Al tratar de guardar los mandamientos, de respetar los preceptos del Señor sobre la oración, el ayuno y la limosna, y

de vivir la vida de la Iglesia, la teosis crece en nosotros. A medida que nos damos cuenta de la presencia constante de Dios en nosotros y en nuestra vida (cultivada quizás por la oración de Jesús), logramos una conciencia y descubrimos el significado de las palabras de san Gregorio del Sinaí: «Conviértete en lo que eres. Encuentra a Aquel que ya es tuyo. Escucha a Aquel que nunca deja de hablarte. Posee a Aquel que ya te posee».

Al ir confiando toda nuestra vida a Cristo Dios, podemos entender las palabras de Cristo, «*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*» (Mateo 5:48) en términos de lo que hacemos: «Si voy logrando todo esto, me voy volviendo perfecto ante los ojos de Dios». Y una señal más profunda de que estamos creciendo en el camino de la teosis es cuando buscamos llegar a ser cada vez más como Jesús el Siervo. Como instó san Pablo, «*Tened entre vosotros la misma actitud que es también vuestra en Cristo Jesús, quien, aunque estaba en la forma de Dios, no consideraba la igualdad con Dios algo que debía ser comprendido. Más bien se vació, tomando la forma de un esclavo, viniendo en semejanza humana y encontrado en apariencia humana, se humilló a sí mismo, volviéndose obediente a la muerte, incluso a la muerte en una cruz*» (Filipenses 2:5-8).

A medida que las actitudes de Cristo de humildad, obediencia y servicio mutuo se arraigan más en nosotros, reflejamos cada vez más la vida de Dios. Nuestro amor por los demás y por toda la creación crece a medida que reflejamos la mente de Cristo en nosotros. Nos convertimos en lo que somos: personas que viven por la vida divina de Dios en nosotros y participamos en Su naturaleza divina.

HECHO A SU IMAGEN



OFICINA DE SERVICIOS EDUCATIVOS
EPARQUÍA MELQUITA DE NEWTON
<http://melkite.org/>

Foto cortesía de Zoe Hanna
Iglesia Melquita de San Juan Crisóstomo
Atlanta, Georgia